

Editorial

Alrededor de gorjeo de pájaros, ancestros e identidades

“¡Ah! Por haberlo vivido, yo conocía el terrible tránsito de los que lavan la camisa única en la noche, cruzan la nieve con las suelas agujereadas, fuman colillas de colillas y cocinan en armarios, acabando por verse tan obsesionados por el hambre, que la inteligencia se les queda en la sola idea de comer”. Así comienza parte del argumento con el que el protagonista de *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier trataba de justificar la demora en completar su estudio sobre el origen de la música. Luego de escauceos en el mundo del entretenimiento, su experiencia en el frente de batalla, el retorno a una ciudad colmada de miseria y su dedicación para mantener un hogar ya en ruinas, poca energía tenía el músico-investigador para consagrarse a su “teoría del *mimetismo-mágico-rítmico*”, basada en el intento de apropiación de la naturaleza por el hombre al imitar sus sonidos, muchas de las veces utilizando algún objeto resonante (más allá del propio cuerpo). Así, desde una situación alienante –de un cotidiano y reiterado estancamiento– el narrador emprende un viaje tanto real como fantástico hacia la argumentada búsqueda de instrumentos musicales singulares utilizados por ciertos “aborígenes de América”.

¿No es la investigación, acaso, un viaje hacia un destino incierto?: vagar espacial y temporalmente en busca de algún indicio que nos aporte certidumbre, que sostenga nuestro deseo de conocimiento tanto como nuestros ideales y que, además, nos muestre las contradicciones. En la historia de Carpentier cada una de estas instancias podría estar encarnada en los personajes que acompañan al músico: los indicios sugeridos por su amante astróloga, el deseo que despierta la joven Rosario o el ansia del griego buscador de diamantes y, por último, las contradicciones ante el deber para con su esposa, su maestro y las instituciones. Entre la realidad y lo imaginario –toda explicación tiene una parte de creatividad–, desde ciudades de “perenne anonimato dentro de la multitud” hasta aquellas donde circula “un polen maligno en el aire” que trastoca los objetos y torna lo extraordinario en cotidiano, el mundo se caracteriza cada vez más por la narración de los sonidos que poco a poco invaden nuestro entorno. Lejos está la oquedad de los juncos que

forman flautillas, las guimbaradas, los rabeles u organillos de fuelles mal arreglados. Solo el canto de ciertas aves, que nos acercan a su vinculación con lo instintivo, suele matizar la estruendosa realidad de los centros urbanos. Entre el sonido avasallante de la máquina y la silenciosa electrónica que como una hiedra invade poco a poco nuestros sentidos, los espacios de recreación, de diversión y hasta de goce estético al escuchar y ver producir a un grupo de personas o a un solista algún tipo de práctica musical comunitaria ha quedado poco a poco fuera de agenda o de nuestras posibilidades.

Tal vez, el entorno digital que nos da acceso inmediato al mundo sonoro de cualquier tiempo y espacio haya alejado el interés hacia la descripción morfológica de los instrumentos, a la explicación de su uso (práctico o simbólico), hacia la clasificación o al deslumbramiento por alguna resignificación diversa. El estudio organológico pareciera haber quedado al margen de los estudios musicales actuales, como una práctica para el especialista de un museo recóndito.

No estamos ante un mismo mundo y seguramente el camino recorrido cambió más a la práctica musicológica que el grado en que la disciplina impactó en la sociedad. Quien regresa de un viaje no es la misma persona que partió, reza cierto proverbio de posible origen chino. De manera análoga, retomar el estudio de los instrumentos musicales podrá colaborar en la comprensión de cómo el ser humano se relaciona con aquellos objetos utilizados para producir su entorno sonoro o que atesora como disparador de memorias ancestrales. Estas ideas giran en la base de los textos que reúne el presente número: orquestación, apropiaciones simbólicas y relevamientos tanto teóricos como empíricos del universo organológico. La sección temática, además de tener la intención de impulsar y difundir este tipo de investigaciones, fue pensada como un homenaje a Yolanda Velo, musicóloga que supo transmitir la pasión y el conocimiento de la organología de una manera amigable y con generosidad. Acompañan a los artículos dos informes elaborados en el marco de investigaciones radicadas en el Instituto Nacional de Musicología “Carlos Vega” que se consideran relevantes y puntos de partida para futuros trabajos sobre museos e instrumentos musicales. En el sitio web de la revista se podrá consultar parte del material que constituye los anexos de estos informes. Dada su extensión, las fichas organológicas y otros documentos están disponibles para su consulta en el Archivo del instituto.

Puede que Carpentier tuviera razón al decir que “los mundos nuevos tienen que ser vividos, antes que explicados”. Al margen de la exotización que implica este enunciado, experimentar en carne propia una realidad siempre distará de un mero relato. En todo caso, la pregunta sería para quién esos mundos son nuevos

y, además, quiénes son los receptores de la pretendida explicación. En los viajes de ida y vuelta, en los encuentros y desencuentros del músico-investigador que pintó Carpentier, sus ansias creativas terminan por arribar a la noción de que la máxima obra propuesta al ser humano es la de forjarse un destino. En estas palabras del escritor y crítico que transitó entre ciudades latinoamericanas y París posiblemente esté la clave de su relato: la búsqueda de sí mismo.

El editor